

CARTA PASTORAL PARA EL CURSO 2015-2016

“HAGO NUEVAS TODAS LAS COSAS” (Ap 21, 5)



BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA
Arzobispo de Toledo
Primado de España



PORTADA:

Tapiz de Los Astrolabios (s. XV). Museo de tapices de la S. I. Catedral Primada (Antiguo Colegio de Infantes).

Cristo de la Vega (s. XVI). Basílica de Santa Leocadia, Toledo.

FOTOGRAFIA INTERIOR:

El Sr. Arzobispo, durante la Santa Misa en Rito Hispano-Mozárabe en la basílica de San Pedro, el 16 de mayo de 2015.

2015, Arzobispado de Toledo.

CARTA PASTORAL PARA EL CURSO 2015-2016

**“HAGO NUEVAS TODAS
LAS COSAS”
(Ap 21,5)**

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo
Primado de España

ÍNDICE

Introducción: ¿Qué mundo queremos dejar a los niños que están creciendo?.....	9
Capítulo primero: Razones de un olvido.....	10
Capítulo segundo: Conocer para amar.....	14
Capítulo tercero: El Evangelio dona salvación y libertad auténtica también en los asuntos temporales.....	19
Capítulo cuarto: Vivir en armonía con la creación.....	23
Epílogo.....	31

INTRODUCCIÓN

¿QUÉ MUNDO QUEREMOS DEJAR A LOS NIÑOS QUE ESTÁN CRECIENDO?

1. La pregunta la propone el Papa Francisco en su encíclica *Laudato si'*. Pero no se refiere solo al medio ambiente. Matiza el Papa: “Cuando nos interrogamos por el mundo que queremos dejar, entendemos sobre todo su orientación general, su sentido, sus valores. Si no está latiendo esta pregunta de fondo, no creo que nuestras preocupaciones ecológicas puedan lograr efectos importantes” (Laudato si' 160). No se trata, pues, de ser ecologistas que mueven cielo y tierra por salvar el entorno de ésta o aquella especie en peligro de extinción. No nos preocupa únicamente la desastrosa situación del planeta en que vivimos en tantos ámbitos que acarrearán consecuencias no precisamente agradables.
2. Queremos decir: los cristianos estamos llamados a “aceptar el mundo como sacramento de comunión, como modo de compartir con Dios y con el prójimo en una escala global”. El Papa nos insta a plantear con valentía la pregunta “¿Para qué pasamos por este mundo? ¿Para qué venimos a esta vida? ¿Para qué trabajamos y luchamos? ¿Para qué nos necesita esta tierra?... Se requiere advertir que lo que está en juego es nuestra propia dignidad... Es un drama para nosotros mismos, porque esto pone en crisis el sentido del propio paso por esta tierra” (Laudato si', ibíd.).
3. De este modo, esta carta pastoral, coloca en primer plano el debate sobre los fundamentos de la vida social; también la dimensión social

de la evangelización, en primer lugar en la familia y en nuestras comunidades cristianas. El Papa nos señala, además, una cuestión dramática de la que nadie puede evadirse: “¿Para qué trabajamos y luchamos?”. Y nosotros indagamos qué ayuda podemos aportar al mundo, a nosotros mismos y a nuestros hijos ante tan hondas preocupaciones que nos interpelan a todos: el yihadismo terrorista, la persecución de los cristianos, la radicalización del escenario político, la desorientación moral de nuestra sociedad, la caridad y el descarte de los más pobres (los ancianos, enfermos y discapacitados, etc.), el hambre, la paz y la guerra. Son asuntos serios, sin duda.

4. La primera reacción es limitarse al *hacer*: analizar, tomar iniciativas, obrar. Por supuesto, esto es necesario, pero no bastaría. Necesitamos una perspectiva más aguda, más honda, que está en nuestra fe o en el contenido de nuestra fe. El Papa Francisco ha mostrado un deseo de solucionar problemas muy serios de la humanidad, con una actitud de dialogar y avanzar juntos creyentes y no creyentes. La ecología global que propone es un reto para los estados y sus autoridades. Él ha dicho que *Laudato sí* es una encíclica social. En mi opinión, esta es la cuestión urgente: la doctrina social de la Iglesia Católica, un diamante olvidado, tan olvidado, que los hijos de la Iglesia apenas la hemos llevado a la práctica en nuestra vida diaria. La propuesta de esta carta pastoral es *esforzarnos para que esta situación cambie en nuestra vida personal y en la de nuestras comunidades cristianas*.

CAPÍTULO PRIMERO: RAZONES DE UN OLVIDO

5. Recuerdo muy bien que, cuando en los primeros años del pontificado de Juan Pablo II, éste comenzó a hablar de “nueva evangelización”, todos nos fijamos en sus palabras: evangelización “nueva en su ardor, nueva en su método y nueva su expresión”. Parecería, pues, que bastaba con reforzar la intensidad en el anuncio del

Evangelio, sobre todo después del impacto de *Evangelii Nuntiandi*, exhortación postsinodal de Pablo VI de 1975. Esa intensidad sería más pertinente en los llamados “países de antigua tradición cristiana”, entre los que se encuentra España. Pero sospechaba yo por aquel entonces que había algo más profundo a lo que el Papa nos estaba invitando, teniendo en cuenta las encíclicas sociales que san Juan Pablo II escribió: *Laborem exercens* (1981), *Sollicitudo rei socialis* (1987) y *Centesimus annus* (1991).

6. ¿De qué se trataba? A mi entender, de algo siempre olvidado o, al menos, poco profundizado y que originaba cierta desazón, sospecha y rechazo en sacerdotes y comunidades cristianas: predicar y vivir el aspecto social de la fe, la acción social en favor de los más pobres, la preferencia por ellos. Era, en la práctica, el olvido de una de las grandes acciones de la Iglesia: la caridad, la transformación de la realidad, la lucha contra la injusticia porque Cristo nos hizo hermanos y, aunque lejos de un igualitarismo imposible, es preciso “nivelar”. Ahí están las palabras del Apóstol, cuando invita a la colecta en “favor de los santos”, los que tan mal lo estaban pasando en la comunidad madre de Jerusalén: “Porque si hay buena voluntad, se le agradece lo que uno tiene, no lo que no tiene. Pues no se trata de aliviar a otros, pasando vosotros estrecheces; se trata de igualar. En este momento, vuestra abundancia remedia su carencia, para que la abundancia de ellos, remedie vuestra carencia” (2 Cor 8,12-14).
7. A mi entender, en catequesis, sobre todo de iniciación cristiana, se insistía, y se insiste en esta gran acción de la Iglesia con un tono de baja intensidad, cuando las tres grandes acciones eclesiales (Palabra, Liturgia y Caridad) nacen todas del Evangelio. La evangelización, anuncio de la Palabra, formación en la fe no es más revelación y acción de la Iglesia que el campo de la caridad y de la doctrina social; como tampoco la celebración de la Liturgia de la Iglesia es más prioritaria o más importante que la vivencia del mandamiento nuevo de Cristo a sus discípulos, miembros del mismo

ARZOBISPO DE TOLEDO

Pueblo. ¿Qué razones pueden haber influido en esta real separación entre las tres grandes acciones de la Iglesia y, en consecuencia, de toda comunidad cristiana?

8. No podemos hacer aquí una investigación a fondo sobre el tema, considerando, por ejemplo, causas históricas y coyunturas sociológicas centradas en lo acontecido en España desde muchos años atrás. Pero sí quisiera apuntar una razón que explicaría, al menos en parte, tantas omisiones en el campo del contenido social de la fe en nuestras comunidades, como si trabajar por una buena sociedad civil basada en virtudes cristianas no fuera con la vida espiritual de los seguidores de Cristo. Parecía que era mejor no “entrar en política”, como si participar en la vida pública de nuestra sociedad significara bajar a la arena de la lucha partidista. Preferíamos estar en un aparente campo “más nuestro”: *la vida espiritual de los miembros de nuestras parroquias*.
9. “Entrar en política”, ser miembro o militante de un partido político es, por supuesto, una elección legítima personal. Es más, como señala el Papa Francisco, la política es una de las formas más preciosas de la caridad, porque busca el bien común (EG 205). Los seglares, por su propia vocación, están especialmente llamados a comprometerse en la vida pública y, en particular, también en el ámbito de la política. Pero no se trata sólo de eso. Lo preocupante para mí es que tengamos una visión de la vida cristiana un tanto reduccionista, como si la persona de Jesucristo y su seguimiento afectase únicamente a la parte “espiritual” de nuestro yo. Es una dicotomía que nos hace mucho daño, que nos paraliza, que manda a toda esa acción caritativa y social del cristiano al mundo de “los especialistas”, los que se ocupan de “esas cosas”, los “de Caritas” o los “de Manos Unidas”, incluso los que trabajan en otras ONGs cristianas o no cristianas. No es aceptable esta manera de entender la vida cristiana. Puede haber, por supuesto, fieles cristianos con más carisma o preparación para la opción preferencial por los po-

bres o la actividad en tantos campos de la vida pública de nuestra sociedad, pero en la medida que nos encontramos con Cristo, por pura gracia del Salvador, la acción cristiana ha de ocuparse necesariamente en vivir con pasión este aspecto del Evangelio, para imitar a Aquél que “me amó y se entregó por mí”, para salir de mis solos intereses, ya que Jesús no vivió así: “Pues conocéis la *gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriquecernos con su pobreza*” (2 Cor 8, 9).

10. Nos faltan virtudes cristianas que necesariamente influyan en la vida de nuestra sociedad, en el mejoramiento de sus condiciones sociales, en acoger a los descartados, en salir al encuentro de quienes nos necesitan. Es urgente caer en la cuenta del déficit que nuestras comunidades tienen en el conocimiento e implicación en los programas de iniciativas caritativas y sociales hacia los que peor lo pasan. No me estoy refiriendo únicamente a la atención de los sociológicamente más pobres, que también, sino a una actitud de servicio, de disponibilidad, de un quehacer que está inserto en nuestra naturaleza de cristianos, discípulos del Señor. Bastaría leer con detenimiento el capítulo cuarto de la exhortación *La alegría del Evangelio* que escribió el Papa Francisco: La dimensión social de la evangelización (nn. 177-258).
11. El Santo Padre da la razón de esta parte de su Exhortación apostólica: “... si esta dimensión ‘la dimensión social de la evangelización’ no está debidamente explicitada, siempre se corre el riesgo de desfigurar el sentido auténtico e integral que tiene la dimensión evangelizadora” (EG, 176). Lo que quiero yo también subrayar es que el *kerigma* o lo esencial en el anuncio de la fe cristiana tiene ineludiblemente un contenido sociocaritativo: en el corazón mismo del Evangelio está la vida comunitaria y el compromiso con los otros. Hasta el contenido del primer anuncio tiene una inmediata repercusión moral cuyo centro es la caridad (cfr. EG, 177).

CAPITULO SEGUNDO: CONOCER PARA AMAR

12. En este capítulo quisiera hacer un resumen de la Doctrina Social de la Iglesia (en adelante DSI), que pudiera servir como presentación del material que desde la Secretaría para la coordinación del Plan Pastoral se ha preparado como formación para grupos cristianos en el curso pastoral 2015-2016. Estoy convencido tanto de la necesidad de conocer ese cuerpo de doctrina social, como de encarar su conocimiento de modo que llegue a ser sabiduría del Pueblo de Dios, a la que se ama como un tesoro de experiencia y de acción social concreta a favor de la justicia y de los más pobres.
13. En el transcurso de su historia, en efecto, la Iglesia nunca ha renunciado a decir la “palabra que le corresponde acerca de las cuestiones de la vida social”, en palabras del Papa León XIII. Ciñéndonos al pontificado de Juan Pablo II, sus tres grandes encíclicas sociales (*Laborem exercens*, *Sollicitudo rei socialis* y *Centesimus annus*) constituyen etapas fundamentales del pensamiento católico sobre esa acción social. También el Papa teólogo, Benedicto XVI, ha escrito con clarividencia sobre este aspecto de la vida cristiana en sus grandes encíclicas *Deus caritas est* (2005), *Caritas in veritate* (2009) y *Spe salvi* (2007). Son textos imprescindibles para conocer el entramado de la vida social, aportación notable del servicio de los sucesores de Pedro a la sociedad en general, no sólo a la comunidad cristiana.
14. La doctrina social católica tiene también, por supuesto, el valor de instrumento de evangelización, como afirma Juan Pablo II en *Centesimus annus*, 54, precisamente porque se pone en relación la persona humana y la sociedad con la luz del Evangelio. Lo verdaderamente interesante es también que los principios de la doctrina social de la Iglesia, que se apoyan en la llamada *ley natural*, resultan después confirmados y valorizados, en la fe de la Iglesia, por el Evangelio de Jesucristo. Hay que detenerse un poco en esta deducción, porque resulta paradójico que muchos católicos militantes en partidos políticos parecen tener complejos o se ruborizan cuando,

ante problemas reales concretos a los que hay que dar solución, se les muestran principios de DSI y *no los ponen en práctica*, porque creen que la política es otra cosa. Es otro ejemplo de hasta dónde llega la dicotomía entre “lo espiritual” y la vida real; en este caso se pone también de manifiesto el desconocimiento entre los políticos católicos de los principios de antropología cristiana que resuelve muchos problemas. ¿Por qué habría de extrañarnos que muchos de los principios que sigue la sociedad política sean erróneos o menos adecuados a la hora de resolver problemas que otros principios que, sin propiedad exclusiva de católicos, se adecuan más a lo que es el ser humano? Lo políticamente correcto impera con demasiada fuerza.

15. Hay que invitar a los hombres y mujeres de nuestro entorno a descubrirse como seres trascendentes, en todas las dimensiones de la vida, incluida la que se refiere a los ámbitos sociales, económicos y políticos. Igualmente la fe lleva a su plenitud el significado de la familia que, fundada en el matrimonio entre un hombre y una mujer, constituye la célula primera y vital de la sociedad. ¿Por qué había de ser menos razonable el matrimonio entre hombre y mujer que otro tipo de uniones afectivas? ¿Por qué menos defendible, si está más en consonancia con lo que son la mujer y el hombre?
16. La fe cristiana ilumina también la dignidad del trabajo que, en cuanto actividad del ser humano destinada a su realización, tiene prioridad sobre el capital y constituye un título de participación en los frutos que produce. El mundo del trabajo, profundamente modificado por las modernas conquistas tecnológicas, ha alcanzado niveles extraordinarios de calidad, pero desafortunadamente registra también formas inéditas de precariedad, de explotación e incluso de esclavitud, aún en las mismas sociedades “opulentas”, que hoy lo son menos, tras la crisis económica que padecen países como el nuestro. En diversas áreas del planeta, el nivel de bienestar, aunque no siga creciendo, es aceptable; pero también aumenta, y

de qué modo, el número de nuevos pobres y se amplía la distancia entre los países menos desarrollados y los países hasta hace poco llamados ricos. Igualmente, el libre mercado, que sin duda es un proceso económico con muchos aspectos positivos, no deja por ello de manifestar sus limitaciones. Y cuando afirmamos que la Iglesia desea siempre una opción preferencial por los pobres, ¿acaso no se puede también proponer a todos los hombres de buena voluntad e incluso a muchos gobiernos, pues solucionaría tantos problemas?

17. Me parece importante, por todas estas razones, conocer y amar la doctrina social católica. Por ello, el Pontificio Consejo “Justicia y Paz”, recibió del Santo Padre Juan Pablo II el encargo de exponer de manera sintética, pero exhaustiva, la enseñanza social de la Iglesia. De este modo, el cardenal Renato Raffaele Martino, Presidente entonces de dicho Consejo, presentó el 22 de abril de 2004, en la ciudad del Vaticano, el llamado *Compendio de la doctrina social de la Iglesia* (CDSI).
18. ¿Qué pretende este Documento? Sencillamente transformar la realidad social con la fuerza del Evangelio de Cristo, pero testimoniada por mujeres y hombres fieles a Jesús. Es un desafío formidable, porque no basta con enunciar los contenidos de la DSI. El anuncio de Jesucristo de amor, de justicia y de paz, no encuentra fácil acogida en nuestro mundo, todavía devastado por guerras, miserias e injusticias, con espectáculos tan deprimentes como los desplazados en el Mediterráneo, los que mueren en barcos inadecuados u otros medios de transporte para llegar a los “paraísos europeos”, o el que ofrecen los que persiguen a hombres y mujeres por ser cristianos, pertenecer a otras minorías religiosas o sencillamente por “no ser de los míos”. A la dificultad para resolver tales conflictos, se añaden, por desgracia, otras causas que provienen del egoísmo y cierta hipocresía de los países europeos para afrontar adecuadamente su solución. La necesidad del Evangelio, de la fe que salva, de la esperanza que ilumina, de la caridad que ama,

¿podemos guardarlas inactivas en un mundo como el nuestro? El Papa Francisco ha dado un “no” categórico a los que somos hijos de la Iglesia. No se pueden esconder los denarios; hay que actuar, si es que llevamos dentro el amor de Cristo.

19. Todas estas cuestiones sociales, culturales, de justicia y solidaridad cristiana atañen sobre todo a los fieles laicos, llamados, como recuerda el Concilio Vaticano II, a ocuparse de las realidades temporales ordenándolas según Dios (cfr. *Lumen Gentium*, 31). Efectivamente, el mundo, como espacio no sólo sociológico, sino también teológico, se convierte en el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles laicos (CFL 15). Pero cuando afirmo esto no estoy diciendo que pastores, religiosos y otros consagrados se despreocupen de este aspecto de la vida cristiana: no sería justo. Animar, acompañar, instar a los fieles laicos no puede dejarse “ad calendas graecas”, para momentos mejores. Pertenecer a la Iglesia es estar implicado en las grandes cuestiones, cada uno según la vocación a la que ha sido llamado. No basta a los pastores, por ejemplo, orar simplemente en la oración de los fieles de la Santa Misa por todos estos problemas. Una tarea fundamental, aparte de contribuir con los bienes que uno tenga para paliar la pobreza de personas concretas, es la formación de los fieles laicos en este ámbito de la vida cristiana. ¿Quiénes han de ocuparse de ella sino el arzobispo, el obispo auxiliar, los sacerdotes, párrocos, vicarios parroquiales, los consiliarios de las asociaciones y movimientos, los responsables de las Delegaciones y Secretariados diocesanos, consagrados o aquellos fieles laicos que trabajan corresponsablemente en algún campo de la pastoral? No menos importante es la labor de acompañamiento por parte de los sacerdotes de las personas que han decidido comprometerse más activamente en la vida pública, con el fin de animarles, de caminar con ellos, de orientarles en todo aquello que fuere necesario. Todos los miembros de la Iglesia participan de la *dimensión secular* de la Iglesia como comunidad de fieles cristianos, recordaba Juan Pablo II en aquella exhortación clarividente *Christifideles laici*, 15. Con

ARZOBISPO DE TOLEDO

la santidad de nuestra vida y con la fuerza de nuestro testimonio, hemos de contribuir eficazmente al progreso de la humanidad que es también cumplir la voluntad salvífica del Señor.

20. Queridos hermanos: si la dimensión social de la evangelización no está debidamente explicitada, siempre se corre el riesgo de desfigurar el sentido auténtico e integral que tiene la misión evangelizadora. El anuncio explícito del Evangelio ya hemos convenido en que tiene un contenido ineludiblemente social, de modo que hasta el contenido de ese primer anuncio encierra una inmediata repercusión moral cuyo centro es la caridad. Negar esta evidencia y actuar como “paganos”, sin poner en juego la moral social no es de cristianos.
21. ¿De qué vale confesar a un Padre que ama infinitamente a cada ser humano y no descubrir que debo estar abierto a la dignidad humana de los que tengo en mi entorno? ¿Confieso que el Hijo de Dios asumió nuestra carne y dejo que cada persona humana, elevada al corazón de Dios, no sea digna de amor pues no me ocupo de ella? ¿Confieso que Jesús dio su sangre, celebro su pasión y muerte, y no se conmueve mi interior cuando “Él está en los hermanos con mucha tribulación” desde todos los confines de la tierra? La redención de Cristo tiene un sentido social porque “Dios, en Cristo, no redime solamente la persona individual, sino también las relaciones sociales entre los hombres” (EG, 178, citando a Juan Pablo II en uno de sus mensajes).

CAPÍTULO TERCERO: EL EVANGELIO DONA SALVACIÓN Y LIBERTAD AUTÉNTICA TAMBIÉN EN LOS ASUNTOS TEMPORALES

22. Se trata en este capítulo de mostrar el contenido del Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, necesariamente de manera breve, pues ha sido ya muchas veces presentado en estos años. También

en nuestra Diócesis el CDSI ha sido objeto de estudio en el curso pastoral 2007-2008: “La caridad de Cristo nos urge”. En dos folletos publicados entonces se desarrollaron unos esquemas de estudio sobre el Documento en todos sus capítulos, que sin duda son bien válidos para nosotros ahora, que de nuevo vamos a abordarlo. No insistiré más en este aspecto. Sí haré un comentario a la interesante Introducción del Compendio. Antes, para mejor comprensión de las cosas, reproduzco el nombre de los doce capítulos en que el texto está dividido, precedidos de esa Introducción y la Conclusión **Hacia una civilización del amor**, expresión tan querida de Juan Pablo II:

23. 1) *El designio de amor de Dios para la humanidad*; 2) *Misión de la Iglesia y doctrina social*; 3) *La persona humana y sus derechos*; 4) *Los principios de la doctrina social de la Iglesia*; 5) *La familia, célula vital de la sociedad*; 6) *El trabajo humano*; 7) *La vida económica*; 8) *La comunidad política*; 9) *La comunidad internacional*; 10) *Salvar y guardar el medio ambiente*; 11) *La promoción de la paz*; 12) *Doctrina social y acción eclesial*. Comprobamos enseguida que este cuerpo de doctrina social es complejo y abarca muchos ámbitos de la vida de la comunidad humana.
24. Los discípulos de Jesucristo, contemplando el Rostro del Señor, confirmamos nuestra fe y nuestra esperanza en Él, único Salvador y fin de la historia; por eso nuestro mayor deseo es “conformarnos con Cristo”, actuando como Él, como recuerda el Apóstol: “Lo que aprendisteis, recibisteis, oísteis, visteis en mí, ponedlo por obra. Y el Dios de la paz estará con vosotros” (Flp 4, 9). Estamos convencidos de que sólo en el nombre del Señor Jesús se da al hombre la salvación; Él vino precisamente a traer la salvación integral (cfr. Juan Pablo II, *Redemptoris missio*, 11). Sin estar convencidos de esta verdad, es muy difícil que nos decidamos a anunciar el Evangelio hasta que éste influya también en los asuntos que llamamos temporales; nos quedaríamos en “lo espiritual”, que llevaría a una cierta alienación o intimismo.

ARZOBISPO DE TOLEDO

25. A los hombres y mujeres de nuestro tiempo, nuestros compañeros de viaje, la Iglesia ofrece también su doctrina social: no es para los católicos únicamente. El hombre es siempre el camino de la Iglesia. La fe en una salvación integral, la esperanza en una justicia plena, la caridad que hace verdaderamente hermanos a todos los hombres en Cristo busca a la humanidad entera, y no conoce fronteras; basta que estas tres virtudes sean aceptadas libremente, persuadidos, sin duda, por la conducta virtuosa de los católicos. Los hombres y mujeres “son capaces de llevar paz donde hay conflictos, de construir y cultivar relaciones fraternas donde hay odio, de buscar la justicia donde domina la explotación del hombre por el hombre” (Compendio, 4); en definitiva, de transformar por el amor las relaciones humanas de modo radical.
26. La situación mundial exige ciertamente actuar con celeridad. “Existen muchos hermanos necesitados que esperan ayuda, muchos oprimidos que esperan justicia, muchos desocupados que esperan trabajo, muchos pueblos que esperan respeto” (Compendio, 5); hay también muchos desplazados que necesitan acogida, muchos inmigrantes que escapan de la guerra y la pobreza y no son tratados como personas humanas. Basta leer tantos párrafos de los últimos Papas en su constante magisterio y las palabras del Papa Francisco que denuncian episodios vergonzantes y vergonzosos de los países más ricos, insensibles tal vez por miedo o por miopía.
27. “La humanidad comprende cada vez con mayor claridad que se halla ligada por un destino único que exige asumir la responsabilidad en común, inspirada por un *humanismo integral y solidario*” (Compendio, 6). Pero no logramos salvaguardar ese destino común, porque pueden más las condiciones de una economía sin rostro, que ahoga una mayor conciencia moral que oriente el camino. ¿Para cuándo el progreso orientado al verdadero bien de la humanidad de hoy y de mañana? “El cristiano sabe que puede encontrar en la doctrina social de la Iglesia los principios de reflexión, los criterios

de juicio y las directrices de acción como base para promover un humanismo integral y solidario” (Compendio, 7). Pero es una lucha enorme, porque las estructuras de pecado y los intereses no confesados de fuerzas contrarias a la equidad son formidables. Conviene, pues, de nuevo recordar lo ya evocado: “La enseñanza y la difusión de esta doctrina social forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia”, como de modo tan certero recordó Juan Pablo II (*Sollicitudo rei socialis*, 41). Como afirmó este Papa: “En esta perspectiva, se consideró muy útil la publicación de un documento que ilustrase las líneas fundamentales de la doctrina social de la Iglesia y la relación existente entre esta doctrina y la nueva evangelización” (*Ecclesia in America*, 54, publicada en 1999).

28. Como un subsidio para los fieles cristianos sobre la enseñanza moral social, el Compendio vale como un instrumento para el discernimiento moral y pastoral de los complejos acontecimientos que cada día vivimos en nuestro tiempo; en el ámbito personal y comunitario es también una guía que inspire los comportamientos y nuestras opciones. Pero, sobre todo, el Compendio puede dar ocasión de diálogo con todos aquellos que, en nuestra sociedad plural, desean sinceramente el bien del hombre. Inspirándose sin duda en la constitución pastoral *Gaudium et Spes* del Vaticano II, este documento coloca como eje de toda la exposición de su doctrina al hombre “todo entero, cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad” (GS, 3).
29. Pero es muy importante señalar que, en esta tarea, “no impulsa a la Iglesia ambición terrena alguna. Sólo desea una cosa: continuar, bajo la guía de Espíritu, la obra misma de Cristo, quien vino al mundo para dar testimonio de la verdad, para salvar y no para juzgar, para servir y no para ser servido”. ¿Acaso podrá el ser humano, cuando busca la convivencia humana, dar sentido a la existencia y al misterio que la envuelve, no responder a las preguntas fundamentales del hombre? La respuesta a cuestiones como quién soy, por qué existe el dolor, el

ARZOBISPO DE TOLEDO

mal, la muerte, o de qué valen tantas conquistas si su precio es tan alto, o qué hay después de esta vida son para los hombres irrenunciables, según piensa la Iglesia acerca de la humanidad.

“El significado profundo de la existencia humana, en efecto, se revela en la libre búsqueda de la verdad, capaz de ofrecer dirección y plenitud a la vida, búsqueda a la que estos interrogantes instan incesantemente la inteligencia y la voluntad del hombre (...) Cuando se indaga “el porqué de las cosas”, (...) entonces la razón humana toca su culmen y se abre a la religiosidad” (cfr. Juan Pablo II, Audiencia general del 19.10.1983). Por ello, la Iglesia “con este documento sobre su doctrina social busca también proponer a todos los hombres un humanismo a la altura del designio de amor de Dios sobre la historia, un humanismo integral y solidario, que pueda animar un nuevo orden social, económico y político, fundado sobre la dignidad y la libertad de toda persona humana, que actúa en la paz, la justicia y la solidaridad” (Compendio, 19).

30. Sería una verdadera irresponsabilidad no conocer esta doctrina social de la Iglesia y quejarnos, tal vez, de “lo mal que están las cosas”; tampoco me parece aceptable dejar a la comunidad política todo el quehacer social de la sociedad en la que estamos. Tenemos los cristianos una tarea que nadie va a hacer por nosotros, de modo que contribuyamos con nuestra reflexión y nuestra actuación moral a mejorar nuestro mundo, junto a las aportaciones de otros grupos de esta sociedad civil. Sin duda que es verdad que “La Iglesia camina junto a toda la humanidad por los senderos de la historia” (cfr. Compendio, 18), pero ella, con nosotros, sus hijos, vivimos en el mundo, sin ser del mundo, como dice el Señor en Jn 17, 14-16: estamos, pues, llamados a servir a este mundo, pero sin renunciar a seguir nuestra propia e íntima vocación.
31. ¿Hemos caído en la cuenta de que la Iglesia, desde el concilio Vaticano II, ha querido dar una elocuente demostración de la solidaridad, del respeto y del amor por la familia humana, “instaurando

con ella un diálogo *acerca de todos estos problemas, aclarárselos a la luz del Evangelio y poner a disposición del género humano 'su' poder salvador que ella, conducida por el Espíritu Santo, ha recibido de su Fundador*"? (Compendio, 18, citando precisamente a GS 3). También el Papa Francisco pide un "nuevo diálogo" sobre cómo construimos el futuro del planeta en la encíclica *Laudato si'*. La sociedad toledana cambiaría, si la comunidad católica que en ella vive es consciente de ese diálogo necesario y de la luz que ha traído a nosotros el Salvador. Pido al Señor que esta gracia llegue cada vez con mayor intensidad hasta nosotros en este año pastoral 2015-2016.

CAPÍTULO CUARTO: VIVIR EN ARMONÍA CON LA CREACIÓN

32. El Papa Francisco, en su nueva encíclica, *Laudato si'*, pide que, para afrontar y resolver los problemas medioambientales, no se dejen de lado las cuestiones sociales y humanas. Denuncia, así, con valentía y sencillez que "el deterioro del ambiente y de la sociedad afecta de un modo especial –no sólo colateral– a los más débiles del planeta (...) El impacto de los desajustes actuales se manifiesta también en la muerte prematura de muchos pobres, en los conflictos generados por la falta de recursos y en tantos otros problemas que no tienen espacio suficiente en las agendas del mundo" (n. 48). *Laudato si'* se convierte de este modo en un nuevo momento de la enseñanza de la doctrina social de la Iglesia, en el magisterio ordinario del Papa Francisco. La encíclica, pues, que apareció el día de Pentecostés, el 24 de mayo de 2015, no puede dejarnos indiferentes en un año pastoral que destaca precisamente la Doctrina Social de la Iglesia.
33. Nos está invitando el Papa a considerar la relación tan cercana que existe entre los pobres y la fragilidad del planeta, pues en nuestro mundo todo está conectado; es preciso buscar otros modos de en-

tender la economía y el progreso, el valor propio de cada criatura, el sentido humano de la ecología. Quienes más han criticado la encíclica del Papa no han considerado estos aspectos de los problemas medioambientales y le han acusado de buscar soluciones en políticas de izquierdas o de atacar la economía de mercado, orientándose hacia la teología, como si ésta fuera un salto irracional de la fe en problemas técnicos. Hay aquí ignorancia o tergiversación interesada. Olvidan que la ciencia teológica es una forma especial de conocimiento que, en el caso cristiano, ha de conjugar razón y revelación. Pero además olvidan la responsabilidad de la política internacional y local y la propuesta que hace Francisco de un nuevo estilo de vida.

34. En estos temas tan globales, existe el peligro de pensar con un gesto de indiferencia: “¿Qué puedo yo hacer en problemas tan complejos?”. Sí, hay mucho que hacer. De hecho el Papa Francisco nos dice que, dada la dramática situación ambiental, se requiere de nosotros una renovada responsabilidad como podemos ver en *Laudato sí'*, 163-201: “Algunas líneas de orientación y acción”. Sin duda que el Papa entra en el detalle de la situación mundial, en cuestiones de economía y finanzas; observa igualmente la pesada incidencia de la tecnología globalizada, y denuncia la grave falta de equidad del acceso a los recursos, sobre todo por parte de los pobres; pero quiere el Papa mostrar *la raíz humana de la crisis ecológica* en los nn. 101-136. Todos debemos agradecer esta franqueza evangélica.
35. Es importante, pues, comprender la raíz de esa invitación hacia *una ecología humana* del Papa, una ecología de la vida cotidiana que nos afecta a todos (nn. 147-155). En realidad nos está invitando a tomar decisiones valientes, esto es, *nuevos estilos de vida*, marcados por la sobriedad, la solidaridad y la capacidad de compartir. ¿Hay algo de este nuevo estilo de vida en nuestros hogares, en nuestro entorno vital? ¿Se acostumbrarán las nuevas generaciones a esa sobriedad, cuando hemos alcanzado hábitos

tan arraigados en niños, adolescentes y jóvenes de un consumismo muy poco respetuoso con los recursos de la tierra? ¿Estamos libres los adultos de semejantes prácticas? Es necesario un examen de conciencia serio.

36. Yo os invito a leer con detenimiento y cariño el capítulo II de *Laudato sí*, nn. 62-100. Es una preciosa meditación sobre lo creado, la Creación. Es, además, el origen o el fundamento de esa propuesta del Papa, ya que mediante la luz de la fe ofrece “grandes motivaciones para el cuidado de la naturaleza y de los hermanos y hermanas más frágiles” (n. 64). Y la pregunta es: ¿hemos aprendido a leer la Escritura también como un acicate para nuestra actuación según Dios porque “lo que el Evangelio nos enseña tiene consecuencias en nuestra forma de pensar, sentir y vivir”? Una de las verdades más hermosas de la Revelación de Dios, que tenemos en la Tradición y en la Escritura, es aquella que nos muestra cómo, desde la elección de Abraham y su descendencia, lo creado, la Creación, el entorno que nos rodea, es también un gesto revelador del Señor, una muestra de su amor hacia los que ha escogido, en definitiva, hacia el hombre y la mujer que Él ha creado a su imagen y semejanza. Hay muchos testigos de esta verdad, empezando por los 11 primeros capítulos de Génesis. Lean también bajo esta luz el Salmo 104 (103), un himno al Rey y Creador; o el precioso Salmo 8: “¡Señor, Dios nuestro, qué admirable es tu nombre en toda a tierra! Ensalzaste tu majestad sobre los cielos”.
37. La verdad es que los católicos hoy hablamos poco de la creación tanto en catequesis o grupos de adultos como en la predicación. Es mucho el silencio sobre el anuncio de la creación: las descripciones sobre ésta ya no las saben los niños y los adultos apenas las utilizamos; la doctrina sobre la creación apenas se oye, y parecen expresiones que ya no son razonables y que hay que olvidar. Yo sigo pensando, por supuesto, que la fe cristiana en la creación es muy importante para comprender muchas cosas de nuestro Dios,

ARZOBISPO DE TOLEDO

de nosotros mismos y del mundo en el que estamos inmersos. Una “espiritualidad de la creación” y la fe cristiana en la redención del hombre por Jesucristo no son verdades opuestas; se relacionan íntimamente, “por dentro”. No se puede prescindir alegremente de la primera para centrarnos exclusivamente en la segunda.

38. Y a los niños ya no se les conmueve el corazón con la bella armonía y dignidad de los relatos de la creación, cuando debiera ser el primer contacto con el Libro Santo, haciéndoles barruntar la inmensidad del universo y de su Creador. Hoy pensamos: las palabras de la Biblia son bellas, pero ¿son verdaderas? ¿Son verdad los relatos bíblicos que nos hablan de la creación? ¿O habrá que retirarlos y dejarlos para los sueños de la edad infantil de la historia de la humanidad, y con ellos también la palabra de Dios con toda la tradición bíblica? Ahora nos atrae el mundo virtual; es el terreno preferido por niños y jóvenes. Pero no hemos calibrado todavía el efecto que el lenguaje virtual tiene sobre el conocimiento de las verdades de fe. Pienso, además, que no basta decir que la Biblia es un libro religioso y no se le puede pedir un conocimiento “científico” de la realidad. Pero es tema éste en el que no podemos entrar de momento.
39. Ciertamente no queremos mantener una interpretación literal ni fundamentalista de la Biblia, pero afirmamos con toda la Tradición de la Iglesia que los libros bíblicos no fueron escritos como una novela o un relato didáctico tipo manual de verdades. No, lo escrito en la Biblia es el eco fehaciente de la historia de Dios con su Pueblo y ha ido surgiendo de las luchas y caminos de esa historia. En el fondo, la Biblia es la *lucha* que Dios ha tenido que ir haciendo con el hombre, para ir haciéndose comprensible a éste; y también los esfuerzos de los seres humanos por ir comprendiendo poco a poco, con su gracia imprescindible, algo del misterio insondable de Dios.
40. Los relatos de la creación en el libro del Génesis, por ejemplo, no han sido compuestos de *una vez*, sino que caminan junto al pueblo

de Israel a través de la historia; y únicamente desde la totalidad de ese camino podemos comprender su verdadera dirección hacia Cristo. Sólo en Él se ve claro lo que se decía en tal o cual pasaje de lo que nosotros llamamos Antiguo Testamento. Su sentido se alcanza desde Cristo, que es la totalidad. Por eso, el tema de la creación no aparece únicamente en los dos relatos de la creación del libro del Génesis (Gen 1,1-2,25). Nunca estuvo ausente en la historia de Israel, aunque no con la misma intensidad. Y el camino de la creación no termina con el último libro del AT: hay que llegar al mensaje de Jesucristo en el Nuevo Testamento, en ese relato definitivo: *“En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios (...). Por medio de Él se hizo todo, y sin Él no se hizo nada de cuanto se ha hecho”* (Jn 1, 1.3).

41. Pero lo que es fundamental aquí es que Dios confía al hombre la guarda y el cuidado de la creación. La Escritura ve “una relación de reciprocidad responsable entre el ser humano y la naturaleza. Cada comunidad puede tomar de la bondad de la tierra lo que necesita para su supervivencia, pero también tiene el deber de protegerla y de garantizar la continuidad de su fertilidad para las generaciones futuras” (*Laudato sí*, 67). Pensamos que, en opinión del Papa Francisco, el origen del desorden ecológico es más bien el olvido de la visión bíblica genuina sobre la creación. Sólo puede liberar y salvar de la muerte el Dios que es el Señor de la realidad y el origen de la vida. No hay doctrina de la salvación sin doctrina de la Creación. Israel sólo podía creer definitivamente en el Señor como Salvador si creía en Él también como Creador del universo. Sólo el Creador de la vida puede salvar de la muerte. Y tampoco cabe salvación si el mundo no es, en sus fundamentos, bueno y bello.
42. Adentrándonos, pues, en ese “Evangelio de la creación”, el Papa recuerda que la realidad no es simplemente “naturaleza”, sino criatura: esto significa que las cosas no son nunca mera materia que manipular. *La realidad tiene, pues, siempre el carácter de un*

don. Por eso el Santo Padre recuerda que la vida se altera cuando dejamos de reconocernos como criaturas. Las narraciones bíblicas sugieren que la existencia humana se basa en tres relaciones fundamentales estrechamente conectadas: con Dios, con el prójimo y con la tierra, que con tanta frecuencia se rompen dentro de nosotros. También hoy el consumismo compulsivo parece exigir “indebidamente ‘de las cosas’ lo que en su pequeñez no nos pueden dar” (n. 88).

43. Las criaturas, en efecto, obras del Misterio infinito de Dios, son *signos*. La grandeza de san Francisco, en su célebre Canto de las Criaturas, reside precisamente en mirar cada criatura a la luz de su relación con Dios: “cada vez que él miraba el sol, la luna o los más pequeños animales, su reacción era cantar, incorporando a su alabanza a las demás criaturas” (n. 11). “No somos Dios. La tierra nos precede y nos ha sido dada (...). Porque en definitiva, *la tierra es del Señor* (Sal 24,1), a Él pertenece *la tierra y cuanto hay en ella* (Dt 10,14). Por eso, Dios niega toda pretensión de propiedad absoluta: *La tierra no puede venderse a perpetuidad, porque la tierra es mía, y vosotros sois forasteros y huéspedes en mi tierra* (Lv 25,23)” (*Laudato sí*, 67).
44. “No podemos sostener una espiritualidad que olvide al Dios todopoderoso y creador. De ese modo, terminaríamos adorando otros poderes del mundo, o nos colocaríamos en el lugar del Señor, hasta pretender pisotear la realidad creada por Él sin conocer límites” (n. 75). He aquí una propuesta que podemos hacer también en una sociedad plural como la nuestra. ¿Por qué no? La idea de un Creador no es irrelevante ni tampoco irracional, pero tenemos que testimoniar a ese Creador, no basta con palabras, debe hacerse vida, pues no es igual vivir como si el Creador no existiera que aceptando su acción creadora en nuestro mundo. Dios quiere actuar, además, con nosotros y con nuestra cooperación. “Él, de algún modo, quiso limitarse a sí mismo al crear un mundo necesitado de desarrollo,

donde muchas cosas que nosotros consideramos males, peligros o fuentes de sufrimiento, en realidad son parte de los dolores de parto que nos estimulan a colaborar con el Creador” (n. 80, donde alude el Papa a un hermoso pensamiento contenido en el número 310 del Catecismo de la Iglesia Católica), que exponemos de modo conciso en el siguiente párrafo.

45. El fin de la marcha del universo está en la plenitud de Dios, que ya ha sido alcanzado por Jesucristo resucitado, eje de la maduración universal, de manera que el fin de las demás criaturas no somos nosotros; todos avanzamos hacia el término común, que es Dios. Es éste un bello pensamiento que el Papa enseña en el número 83 de su encíclica, y que ya habían indicado Pablo VI, Juan Pablo II y Benedicto XVI. “Porque el ser humano, dotado de inteligencia y de amor, y atraído por la plenitud de Cristo, está llamado a reconducir todas las criaturas a su Creador” (Ibíd., n. 83).
46. Todo lo que estamos diciendo de lo creado, la creación, las criaturas y, sobre todo, del hombre tiene unas consecuencias prácticas, que el Papa Francisco no olvida: la tierra es una herencia común (cfr., n. 93), cuyos frutos deben beneficiar a todos. Lo cual se convierte para los creyentes en una cuestión de fidelidad al Creador, porque Dios creó el mundo para todos. Otro rasgo que muestra que en *Laudato sí* tenemos una encíclica social. Para darse cuenta de ello, basta con leer los nn. 93-95.
47. Centrados en Jesús, que nos habla del Dios creador, nos damos cuenta de cómo destaca Él que Dios es Padre, con quien tiene una relación única, pero que también muestra la relación paterna de Dios con todas sus criaturas. Podemos contemplar textos como Lc 12,6 o Mt 6,26. “Cuando ‘Jesús’ recorría cada rincón de su tierra se detenía a contemplar la hermosura de su Padre, e invitaba a sus discípulos a reconocer en las cosas un mensaje divino: *Levantad los ojos y mirad los campos, que ya están listos para la cosecha* (Jn 4,35)” (n. 97).

ARZOBISPO DE TOLEDO

48. Sí me parece muy sugerente subrayar que el Papa indica que Jesús vivía en armonía plena con la creación, aunque conocemos que los relatos evangélicos no tienen la finalidad de centrarse en describir los rasgos psicológicos de Cristo. Pero sin duda que en los relatos evangélicos Él no aparece como un asceta separado del mundo o como enemigo de las cosas agradables de la vida; estaba igualmente lejos de filosofías que despreciaban el cuerpo, la materia y las cosas de este mundo. Jesús trabajaba con sus manos, tomando contacto con lo creado para darle forma con su habilidad de artesano; de este modo santificó el trabajo y le otorgó un peculiar valor para nuestra maduración (cfr. *Laudato si'*, 98).
49. Los nn. 99-100 de la encíclica nos ayudan a la comprensión cristiana de la realidad y cómo el destino de toda la creación pasa por el misterio de Cristo: “Todo fue creado por Él y para Él” (Col 1,16). Cuando leemos textos del Nuevo Testamento, es un gozo saber que nos hablan de Jesús terreno, de su relación amable con todo el mundo, pero sobre todo muestran a Cristo resucitado y glorioso, presente en toda la creación con su señorío universal (cfr. Col 1,19-20). ¡Qué antídoto contra el pesimismo saber que, cuando el Hijo entregue al Padre todas las cosas, “Dios será todo en todos”! “Las mismas flores del campo y las aves que Él contempló admirado con sus ojos humanos, ahora están llenas de su presencia luminosa”.

EPÍLOGO

50. Nos preocupa, sin duda, la situación de la humanidad en los momentos concretos en que vivimos. “El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se encierra en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se

escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien (...), ésa no es la vida en el Espíritu que brota del corazón de Cristo” (Papa Francisco, *La alegría del Evangelio*, 2).

51. Nosotros hemos mostrado en esta carta pastoral posibilidades de acción para un cambio de mentalidad en el ámbito de la tarea eclesial de la transformación del mundo según Dios, en la vivencia de la caridad y del mandamiento nuevo de Jesús. La doctrina social de la Iglesia aparece como una contribución al diálogo y la acción social en nuestro mundo, tantas veces alejado de los problemas reales de la gente. Hemos centrado también nuestra atención sobre los problemas medioambientales del planeta que afectan sobre todo a los más pobres, con la luz que la encíclica *Laudato sí* ha proporcionado a un diálogo imprescindible de los estados sobre una urgente ecología humana y global. Quiera Dios que mis palabras, apoyadas en las del Papa Francisco, os den una nueva luz sobre nuestra relación con la creación. Sería suficiente razón para haber escrito esta Carta pastoral. Pero creo que nos falta aludir a una dimensión irrenunciable cuando se trata de exhortar al apostolado, a la acción pastoral de cada católico y de la comunidad cristiana: *nada podemos hacer sin Cristo, sin su gracia, sin la vida de cada uno que nace del Espíritu Santo*. Quiero decir que no estamos ante un programa social y, mucho menos, político que busca una acción social. Esos programas pueden ser muy provechosos ante la pobreza y los “descartes” que padecen tantos de nuestros hermanos. Pero no es éste el propósito de nuestra Carta pastoral.
52. Si únicamente pretendiéramos presentar un programa de acción, pudiera ser que nosotros, los católicos toledanos, cayéramos en la trampa de “cumplir” sin más. Se trata de asumir, ante todo, que el Señor ha tenido también misericordia de nosotros, y nos ha amado antes que nosotros lo amáramos. En nosotros ha sido verdad lo que afirmaba santo Tomás de Aquino: “Es propio de

Dios usar misericordia y en esto se manifiesta especialmente su omnipotencia” (*Summa Theologiae* (II-II, q. 30, a. 4). Por eso se nos invita a orar: “Oh Dios que revelas tu omnipotencia sobre todo en la misericordia y el perdón”. ¿Acaso no recordamos esa parábola de Jesús que responde a la pregunta que le hace Pedro acerca de cuántas veces es necesario perdonar (Mt 18, 21-35)? Tal vez Jesús está diciéndonos también que en ese mismo número de veces nosotros somos perdonados. Es, además, una profunda enseñanza para cada uno de nosotros: la misericordia para Jesús no es sólo el obrar del Padre; es también el criterio para saber quiénes son realmente sus hijos. Con otras palabras: estamos llamados a vivir la misericordia, porque a nosotros se nos ha aplicado *en primer lugar*.

53. La misericordia de Dios es su responsabilidad por nosotros. Él se siente responsable, esto es, desea nuestro bien y quiere vernos felices, colmados de alegría y serenos. Sin esta misericordia del Padre no hubiera habido en absoluto salvación para cada uno de nosotros, por el amor de su Hijo Jesucristo. De modo que en esta amplitud de onda se debe orientar nuestro amor de cristianos. Como ama el Padre, así aman los hijos. Como Él es misericordioso, así hemos nosotros de ser misericordiosos con los demás. He ahí, a mi entender, la razón del anuncio de un Jubileo Extraordinario de la Misericordia como tiempo propicio para la Iglesia y así se haga más fuerte y eficaz el testimonio de los creyentes.
54. El Papa Francisco abrirá, pues, la Puerta Santa el próximo día 8 de diciembre, en el quincuagésimo aniversario de la conclusión del Concilio Ecuménico Vaticano II, ese verdadero soplo del Espíritu para hablar de Dios a los hombres en un modo más comprensible. También “En nuestro tiempo –dijo en esa ocasión el Papa bueno–, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad (...), quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bon-

dad para con los hijos separados de ella” (San Juan XXIII, *Apertura del Concilio*, 11.10.1962). En el mismo día en que se abrirá la Puerta Santa en la Catedral de Roma y las otras basílicas papales, también nosotros el domingo III de Adviento, 13 de diciembre, abriremos la Puerta del Perdón y la Misericordia en nuestra Catedral Primada de Toledo, y quedarán abiertos también otros Santuarios, meta de peregrinos.

55. Atravesaremos, pues, con agradecimiento la Puerta Santa con la confianza de sabernos acompañados por la fuerza del Señor Resucitado, aceptando la responsabilidad de la tarea que nos espera. Cristo nos acompaña sosteniendo nuestra peregrinación y contemplando el rostro de la misericordia del Padre que es Jesucristo. El amor misericordioso de Jesús es muy concreto; nos revela el amor de Dios, padre y madre a la vez, esto es, amor de sus entrañas. Es un amor que se dona y se ofrece gratuitamente, que son signos que realiza, sobre todo, hacia los pecadores, hacia los más pobres, excluidos, enfermos y que sufren.
56. El Papa, en la hermosa Bula *Misericordiae Vultus* nos exhorta a vivir las parábolas dedicadas por Jesús a la misericordia, sobre todo las que aparecen en Lc 15 (*oveja perdida, moneda extraviada, hijo pródigo*, que más bien habla del padre y los dos hijos). Quiere también Francisco que reflexionemos en este Jubileo sobre las obras de misericordia, las corporales y las espirituales. En el Año Santo podremos realizar la experiencia de abrir el corazón a cuantos viven en las “más contradictorias periferias existenciales, que con frecuencia el mundo moderno dramáticamente crea”, dice el Santo Padre. En este Jubileo la Iglesia será llamada a curar aún más estas heridas, a aliviarlas con el óleo de la consolación, a vendarlas con la misericordia y a curarlas con la solidaridad y la debida atención. “Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad, y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio”, nos exhorta

el Papa (...). Y continúa: “Es mi vivo deseo que el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las obras de misericordia (...). Será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces aletargadas ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina”.

57. Esas obras de misericordia serán prueba y examen para conocer si vivimos o no como discípulos de Jesucristo. Serán también un buen aprendizaje práctico en el propósito de conocer y vivir la doctrina social de la Iglesia en este curso pastoral. El Papa afirma con fuerza que no podemos escapar a las palabras del Señor y sobre ellas seremos juzgados; entre las palabras de Jesús, es preciso destacar las que indican cuánto tiempo hemos dedicado a acompañar al que estaba enfermo o prisionero, o si dimos de comer al hambriento y de beber al sediento (cfr. Mt 25,31-45). Con otras palabras: ¿Hemos ayudado a superar la duda, que hace caer a muchos en el miedo y en ocasiones es fuente de soledad? ¿Fuimos capaces de vencer la ignorancia en la que viven millones de personas, sobre todo niños privados de la ayuda necesaria para ser rescatados de la pobreza? ¿Hemos sido cercanos a quien estaba solo y afligido, o perdonamos a quien nos ofendió? ¿Rechazamos cualquier rencor o violencia que conduce a la violencia? ¿Hemos tenido paciencia siguiendo el ejemplo de Dios que es tan paciente con nosotros, y les hemos encomendado al Señor en nuestra oración? No quiero abrumaros, hermanos, pero en cada uno de estos “los más pequeños” está presente Cristo, y “en el atardecer de la vida, seremos juzgados en el amor” (San Juan de la Cruz, *Palabras de luz y amor*, 57).

58. La Cuaresma del Año Jubilar hemos de vivirla, en consecuencia, con mayor intensidad, como momento fuerte de celebrar y experimentar la misericordia de Dios. La iniciativa “24 horas para el Señor”, que ya celebramos el pasado año durante el viernes y el

sábado que anteceden al IV domingo de Cuaresma, está en el calendario pastoral de nuestra Diócesis como fecha significativa. Muchas personas están volviendo al sacramento de la Reconciliación, también muchos jóvenes, porque una experiencia semejante lleva a reencontrar el camino para volver a Señor, para vivir un momento de intensa oración y redescubrir el sentido de la propia vida. He aquí el sacramento que nos permite a todos los que lo celebramos experimentar en propia carne la grandeza de la misericordia de Dios, fuente de alegría y de paz interior.

59. Pero también la palabra del perdón puede llegar a todos. El Papa piensa que la invitación a la conversión se dirija con mayor insistencia a aquellas personas que se encuentran lejanas de la gracia de Dios debido a su conducta de vida. Ellos serán los que más se alegrarán del perdón de Dios, aunque sean grandes sus pecados. “¡Es tiempo oportuno para cambiar de vida! Este es el tiempo para dejarse tocar el corazón. Seguir como estamos es sólo fuente de arrogancia, de ilusión y de tristeza”. El Jubileo lleva también consigo la referencia a la indulgencia. El perdón de Dios no conoce límites. Dejarse reconciliar con Dios es posible por medio del misterio pascual y de la mediación de la Iglesia. Este perdón es el que ofrecemos en nombre de Cristo.
60. Sabemos también que, no obstante el perdón, llevamos en nuestra vida las contradicciones que son consecuencias de nuestros pecados. Ciertamente en el sacramento de la Reconciliación Dios perdona los pecados, que realmente quedan cancelados, pues Dios es un caballero al perdonar y no está recordándonos ese perdón concreto en esta o aquella vez; sin embargo, la huella negativa que los pecados tienen en nuestros comportamientos y en nuestros pensamientos *permanece*. Pero el Papa afirma: “La misericordia de Dios es incluso más fuerte que esto. Ella se transforma en indulgencia del Padre que a través de la Esposa de Cristo alcanza al pecador perdonado y lo libera de todo residuo, consecuencia del pecado, habilitándolo a obrar con caridad, a crecer en el amor más bien que

ARZOBISPO DE TOLEDO

a recaer en el pecado” (*Misericordiae Vultus*, 22). La Iglesia, además, vive la comunión de los Santos, que en la Eucaristía actúa como unión espiritual que nos une a los creyentes con los innumerables Santos y Beatos. También su santidad ayuda nuestra fragilidad.

61. Como nadie ha conocido la profundidad del misterio de Dios hecho hombre como lo hizo María, Nuestra Señora, nos dirigimos, hermanos, a esta Madre de Misericordia, para redescubrir la alegría de la ternura del Señor. La Madre del Crucificado, que es el Resucitado, participó íntimamente en el misterio del amor de su Hijo. A Ella, Arca de la Alianza entre Dios y los hombres, le pedimos experimentar los frutos de la misericordia divina. ¡Madre Asunta al cielo, no dejes de volver a nosotros esos tus ojos misericordiosos!

Toledo, 15 de agosto de 2015, solemnidad de la Asunción de Nuestra Señora a los cielos

